



VALLÉS

SEMANARIO DE F. E. T. Y DE LAS J. O. N. S.
SEGUNDA ÉPOCA DE "ESTILO"

AÑO III

GRANOLLERS, 4 Octubre de 1942

NUM. 104



Nuestra Cruzada es un Movimiento lleno de inquietudes y, por lo tanto, falto de reposo.

EL CAUDILLO

FRANCO, Caudillo de la Paz para una victoria con alas

EL Caudillo, al coronar una de las victorias militares más rotundas de nuestro tiempo, no dió por terminada su misión. Ni se sintió descargado de la tremenda responsabilidad «ante Dios y ante la Historia» del mando que asumiera con las armas en la mano en África, un 17 de Julio insigne, y en virtud de solemne investidura jurídica, tal día como hoy hace seis años: el 1 de Octubre de 1936.

Mientras Franco presenciaba el apoteósico desfile de la Victoria a buen seguro que infundiendo a su mirada perspectiva histórica y rigor político al levantarla por encima del presente, supo percibir una verdad que se le ofrecía como realidad inmediata e inquietante; la verdad de que, en definitiva, la tarea política subsiguiente a la militar ya conseguida, encierra una mayor suma de dificultades y angosturas que aquella.

Es un fenómeno constante que podemos ver infinitas veces repetido en la evolución de los imperios y de los grandes movimientos políticos. Tras la victoria militar tiene que superar el vencedor la gran prueba, el examen inevitable, se vé obligado a demostrar que, en efecto, la nueva ordenación introducida por su triunfo es auténticamente nueva, y, además, mejor, más justa, digna en fin del esfuerzo derrochado para conseguirla.

Y en muchos casos no es posible superar con éxito esta prueba suprema. Aquellos han sido, por desgracia, muy numerosos en nuestro pasado. Tanto, que tal vez podría quintaesenciarse nuestra Historia Política de los últimos siglos, describiendo las oportunidades maltrechas de salvar a España, las ocasiones perdidas de hacer la Revolución pendiente de que nos habló José Antonio. En muchas de ellas nos hemos conducido los españoles como si nuestra alma colectiva estuviera integrada por dos mitades opuestas e inconciliables, llamadas alternativamente a imprimir una orientación trascendente a nuestra vida.

Una, responde al patrón ejemplar de los tiempos de plenitud imperial y la otra le deja el ser a las épocas grises de derrota y mediatización. Y en la noche triste de nuestra decadencia—mil veces más larga y penosa que aquella otra «noche triste» del episodio de la conquista americana,—cada vez que saltaba un chispazo del adormecido genio nacional, disconforme con la adversa realidad, el hecho se reproducía con exactitud pasmosa. Llevábase a buen fin el aspecto guerrero de la empresa con bravura y heroísmo sin par, «a la española», en una palabra: es que imperaba todavía, después de siglos, el espíritu del XVI que nos había permitido cumplir a un tiempo una misión varia y sobrehumana en dos mundos.

Mas luego, llegaba la hora de dar cima al empeño de su aspecto político, volvían por sus fueros, como obediendo a un destino inexorable, los principios estériles y disgregadores, unidos inseparablemente a la derrota. Véase si no, como un ejemplo entre mil, el de las Cortes de Cádiz anuladas con su incapacidad política el fruto de la Guerra de la Independencia.

Así, puede afirmarse que en España se ha sabido morir siempre magníficamente, insuperablemente, cada vez que han sido convocados sus hijos en torno a auténticas banderas, en horas decisivas. Pero también hay que reconocer que muchas veces—demasiadas!—no han aprendido los supervivientes a vivir conforme exigía el heroísmo y el sacrificio de ayer, a vivir una vida nueva y mejor, digna de la muerte redentora.

recogía Franco frutos de victoria ganados tan a pulso, lejos de sentirse aliviado de la enorme carga del mando debió descubrir que esta se volvía más dura todavía, pues en aquél instante cruzaba el umbral de la segunda y definitiva etapa de su tarea. Era necesario a toda costa que no se repitiera el fenómeno habitual en nuestro pasado. Precisaba conseguir la España capaz de justificar la victoria y eso a través del único cauce posible, el de la Revolución Nacional Sindicalista.

Este ha sido el desvelo y el proposito del Caudillo en estos tres años, como Jefe del Estado y Jefe Nacional del Movimiento. Pero no digamos solo «ha sido», sino también «es» y «será», pues el gran objetivo dista mucho de estar conseguido.

Sin embargo, cualquiera que examine los resultados con lucidez y serenidad de criterio, habrá de convenir en que son muy notables considerados en si mismos y francamente relevantes si se enjuician desde un punto de vista relativo, es decir comparándolos a la situación española registrada al terminar la campaña, al encontrarse el Caudillo y sus colaboradores con una España desgarrada en lo material y sobre todo en lo espiritual, por 33 meses de guerra civil, empobrecida, exánime.

Plantéese otro juicio comparativo para cerciorarse de la realidad de las cosas e imaginen—sobre todo—los suspirantes añoradores de tiempos pasados, a donde habría conducido la aplicación a este estado de cosas de los principios demagógicos que en una situación que, lógicamente, debiera haber sido de completa normalidad económica y social eran incapaces de mantener el orden público y de acabar con el problema de los 700.000 parados; o bien, simplemente, sino se quiere extremar tanto la hipótesis, supóngase lo que ocasionaría la aplicación actual de aquellas viejas normas liberales, soñadas como universal panacea por tantos ilusos o mal intencionados, que en tiempos tan lejanos y en épocas completamente normales, mantenían al país en una situación de marasmo total: al margen del progreso industrial del mundo, apartado de las grandes corrientes comerciales, sin pulso su vida intelectual...

Y por otra parte, calcúlese por un momento cual sería la situación actual de España con referencia al conflicto mundial si la ineptitud liberal o la demagogia republicana inperasen hoy nuestra política exterior, en vez de estar regida ésta por la directriz del Caudillo, al servicio de los supremos mandatos conjuntos del espíritu de nuestro Movimiento, de la salvaguardia de la dignidad de España y del mantenimiento de la paz.



y a los medios de que disponemos, el empeño de enumerar documentadamente la tarea gubernamental inspirada por Franco, Caudillo de la Paz. Limitémonos a una labor expositiva de lo realmente básico y de interés general, con propósitos de simple remembranza, que no de profundo análisis.

Y empezemos por un orden de cosas que para muchos—no nos contamos entre ellos, aunque no por eso le quitamos importancia—es el único que cuenta. Nos referimos al económico que será el de la Hacienda Pública

si del Estado hablamos. Pues bien; en materia hacendística, la liberación total del país presentó un panorama tan pavoroso como para intimidar al equipo gubernamental más animoso y mejor dotado. Simultáneamente, con urgencias inaplazables, había que atender a la liquidación de la guerra y al arranque de la reconstrucción, a la lucha contra la inflación y a la normalización de los órganos financieros de acumulación, multiplicación y distribución.

Atendióse en primer lugar al sin par problema planteado por la existencia de una inflación roja de 23.000 millones, que implicaba una espantosa amenaza de caos monetario. Su eliminación absoluta fué encauzada a través de la Ley del Desbloqueo, empresa legislativa que ciertamente podrá no haber complacido los intereses unilaterales de algunos, pero que con innegable clarividencia ha servido al interés general de la nación, significando al propio tiempo un hecho nuevo y sin precedentes en la historia financiera del mundo. Junto a esta labor básica se veló en su día por la ordenación del mercado dinerario a través de la conversión de la Deuda Pública, que afectó a la casi totalidad de la nacional por valor de 20.000 millones, produciendo resultados memorables por su favorable carácter.

También se ha acometido la obra presupuestaria, sentando firmes bases para el futuro desenvolvimiento financiero del Estado, con vistas a la extensión de su labor. Aquella ha llevado consigo el empleo de una nueva técnica y con ésta ha hecho su aparición un principio de reforma tributaria que al alcanzarse totalmente remediará de plano los defectos de nuestra vieja legislación. Finalmente se ha provisto a la organización de la Banca, atendiendo a la soldadura de las dependencias de los bancos en las dos zonas, a la restauración de las contabilidades deshechas; por los rojos al rescate de los títulos robados y a veces llevados al extranjero y a la limitación de dividendos; todo lo cual ha ocasionado la actual situación hacendística, expresada en el ambiente favorable de la Bolsa para los valores del Estado y en

el éxito de las grandes operaciones, como la recentísima de reembolso o consolidación de las Obligaciones del Tesoro.

De otro lado, la labor inspirada por el Caudillo se ha proyectado intensamente sobre la esfera de la Economía Nacional, tendiendo a robustecerla y a distender el círculo de la carestía a través de difíciles medidas internas y de una política de tratados comerciales que nos ha proporcionado ocasiones tan prometedoras como la del reciente Tratado con la República Argentina, fecundo, a no dudarlo, en resultados prácticos y confortadora significación espiritual.

En cuanto a la Industria, un ambicioso Plan General de ordenación y racionalización de los recursos españoles con tendencias autárcticas, está en vías de realización y por cierto que sus líneas fundamentales pudieron conocerlas los barceloneses, plásticamente representadas en los gráficos de la Feria de Muestras.

También las Obras Públicas han conocido su gigantesco Plan Nacional, inteligentemente concebido y en ejecución sus primeros escalones. Se trata de valorizar las riquezas nacionales hasta ahora latentes, multiplicando vías de comunicación, propulsando las obras hidráulicas para regadíos—un millón de hectáreas serán hechas regables—y aprovechamientos hidroeléctricos, atendiendo además a la mejora de puertos, señales y balizamientos.

En otro orden de cosas, el sentido y la eficacia de una legislación del Trabajo con definida intención revolucionaria, han llenado el inesquivable aspecto social del Régimen y rendirán su fruto a los productores al retorno de la normalidad económica. Esta labor legislativa ha abarcado desde los contratos de trabajo, la previsión, los accidentes, las mutualidades y las cooperativas, hasta el problema de la vivienda, la protección a familias numerosas, la repatriación de emigrados, la colaboración con el Frente de Juventudes para la formación de aprendices y el envío de productores a Alemania.

Y la administración de Justicia, con su misión primordial para la vida del Estado, ha sido objeto de una seria actividad, dirigida, ante todo, a eliminar las huellas de la anarquía roja, más peligrosas en tan elevada esfera que en cualquier otro terreno. Se ha reformado su manifestación máxima, el Tribunal Supremo; ha sido resuelta a competencia entre la jurisdicción militar y civil. Los registros Civil, de la Propiedad y de Penados, elementos indispensables de catalogación de los ciudadanos y de sus relaciones jurídicas, han conocido reformas impuestas por las necesidades nuevas, creándose asimismo «ex novo» el de Ausencias. Y, por último, la comisión general de Codificación, reorganizada en 1940, ha llevado a buen término una inmensa obra de revisión y renovación legislativa, que ha afectado incluso a títulos enteros del Código Civil.

La Educación Nacional y dentro de ella la alta cultura—es ley el proyecto de reforma universitaria—las enseñanzas primaria, media y profesional, han sido adaptadas poco a poco al espíritu del Movimiento, que en estos aspectos reviste especialísima trascendencia su inculcación práctica. No se ha dejado de atender a las Bellas Artes, a la Recuperación del Patrimonio Artístico, maltrecho por los rojos o evadido al extranjero y al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que ha visto proliferar su emblema, el árbol de las ciencias luliano, por la creación de nuevas Instituciones.

Aparte de lo muy ligeramente señalado, la multiforme actividad del Cau-

(Continúa en la página 2)